

Tribuna

Recordando a Neruda

Más de una vez dijo Neruda que podía olvidar todos los números, el de sus casas y de sus teléfonos, pero nunca olvidaría una dirección exacta: Maruri 513, la que fue llamada casa de "Los credulculos de Maruri". Esta referencia la hizo Volodia Teitelboim en su notable libro dedicado a Pablo Neruda. Maruri era una calle de pobres y de estudiantes sin plata. Allí, diez años después de Neruda, vivió Volodia y, por lo que se ha dicho, la hoy famosa calle no había cambiado en absoluto en sus casas, en su gente, en su rutina gris. Paralela a Independencia, a la vera norte del Mapocho, se aproxima el barrio bravo que, entonces -o tal vez también ahora- se llamaba o se llama Las Hornillas, donde pululaba el temible malevaje en el barrio de los prostibulos. Y muchos se preguntaban: ¿y aquí se hace poesía?

Sí, donde todo podía pertenecer a la realidad antipoética del mundo, era nada menos el lugar insospechable de donde emergía la mejor poesía del mundo. En una de las pensiones de medio morir saltando -como dice Teitelboim- las calles eran grises y todo el vecindario tenía olor a gas, a ladrillos añejos y a café de higos que, verdaderamente, oían a gas, a insospechados regaderos de inundicias. Neruda olfateó de inmediato -en el mes de marzo del año 1921- cuando se bajó del tren nocturno, el vaho atosigante de la ciudad y muy luego el olor pútrido de la calle Maruri. El poeta hace recuerdos de cuando llegó a Santiago a estudiar. Ya entonces habló de casas uniformemente feas, ocupadas sólo por desconocidos y los chinches.

Pero como dice Teitelboim, el poeta ve lo que otros no ven. Constató que lo que nadie descubrió, ni antes ni después: que esa húmeda calle era visitada por los más extraordinarios crepusculos. Los iluminados perciben las apariciones de la Virgen o del Señor. Era

entonces cuando Neruda joven admiraba los ocasos resplandecientes, los rápidos efectos luminosos, los juegos de la luz que desfallecían en cuestión de minutos iluminando su triste cuarto que volvía al ámbito gris, a la desolación, a sus saudades y a todos aquellos que alguna vez han comprendido lo que es la soledad. Fue en esos tiempos cuando el poeta escribía a su hermana: "No he perdido la costumbre de comer todos los días". Claro está que el poeta en ciernes aún abraza la grandeza de la poesía, muchas veces dejando el hambre que, por lo demás, era la moda en el círculo de sus amistades.

Sigamos el recuento de Volodia. Cuando llegó a Santiago, Nefatalí Reyes era un joven ambicioso, pero desnutrido, tal es así que el poema premiado en 1921, la "Canción de Fiesta", no pudo leerla personalmente. El secudán del autor que ganó el concurso era Sacha Yegulev. Cuando abrieron el sobre se encontraron con otro seudónimo, Pablo Neruda. Nefatalí Reyes, el joven de entonces, tenía que estudiar una profesión y quería que ella le sirviera de algo para trabar contactos con la poesía. Fue entonces cuando se matriculó en la asignatura de Francés. Era el tiempo en que, en América Latina, el francés aún no había sido aún desplazado como idioma principal por el inglés. Además, tenía el prestigio de ser el idioma de la cultura, lo que se valorizaba en mucho en aquella época. Como sea, los estudios le sirvieron para devorarios. Cursó los cuatro años reglamentarios, pero nunca recibió título. Según él, lo acaparró la política universitaria que, como se ha visto, era de una intensidad que impedía hasta el suspiro. A esto agregó, paralelamente, la vida literaria.

En las noches de loca bohemia -como dice Teitelboim- se bebía, pero también se intercambiaban descubrimientos poéticos, en ellos se rectaba y se

escuchaba a los nuevos poetas. Nefatalí Reyes tenía entonces diecinueve años. Era el momento en que había que quemar los libros y los papeles peligrosos. Teitelboim, en su notable libro, relata estos episodios. El poeta sostenía que la amistad es un buen continente para los poetas. Alguna vez dijo: "Yo tengo un sentido sureño de la amistad. Nunca he perdido amigos. Sólo la muerte me los ha quitado". Y la muerte, efectivamente, le arrebató muchos amigos. Y los nombres de los que morían los hacía grabar a punzón en los maderos que afirmaban la estructura del bar "Alberto Rojas Jiménez", en su casa de Isla Negra. Pero no sólo la muerte le quitó amigos a Neruda. También lo hicieron las complicaciones inevitables de la vida. Por su parte, la guerra de las pasiones le sustrajo a muchos amigos, algunos de ellos con gran violencia.

La primera residencia del poeta en Santiago la compartió con su amigo Sacha, en la Avenida España. Era relativamente decorosa, pero obviamente para un poeta. Además, la dueña de casa tenía alma de policía. Vigilaba a los amigos y, sobre todo, a las amigas. Metía la nariz en sus movimientos y en sus horas de llegada y salida. Disgustado, Pablo se fue a vivir a un conventillo -más libre y más barato- junto con Rubén Azócar y Tomás Lago. En ese entonces, las amistades se multiplicaron, reclutadas entre compañeros de Universidad, artistas y escritores. Pronto los sitios de reunión fueron determinadas tabernas, como el Hércules, el Jote, el Veneza y, una que otra vez, a recintos de nivel más alto, como los clubes alemanes de las calles Esmeralda y San Pablo, además de la Posada del Corregidor.

Hernán Muñoz Villegas.

Recordando a Neruda [artículo] Hernán Muñoz Villegas.

Libros y documentos

AUTORÍA

Muñoz Villegas, Hernán

FECHA DE PUBLICACIÓN

1993

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Recordando a Neruda [artículo] Hernán Muñoz Villegas.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile